

rados se debe a que no se han utilizado los aparatos necesarios.”

Dos colaboradores del señor Contreras, Jenaro Paulat y Bernardo Lazo de la Vega, han manifestado que adquirieron buen número de monedas de oro encontradas bajo tierra o en cajas empotradas en los muros de casas muy antiguas de la capital, las cuales acaso procedieran del tan obsesionante como buscado tesoro. En cambio, el arqueólogo Jorge Rocha, subdirector del Instituto de Antropología e Historia, refiriéndose a las nuevas hipótesis enunciadas sobre el supuesto tesoro de Cuauhtémoc, ha negado rotundamente su existencia, por lo cual considera que “son inútiles los estudios, excavaciones y demás trabajos que se hayan hecho o se hagan para encontrarlo”, manifestando asimismo que los equipos “busca-tesoros” habitualmente empleados para la localización de metales preciosos y otras riquezas se equivocan frecuentemente, porque lo mismo señalan lugares donde se encuentran clavos que verdaderos metales valiosos. Además, pone de manifiesto que los aztecas desconocían por completo —al contrario que sus coetáneos los incas— el valor del oro y de la plata, y de aquí que tuvieran mayor aprecio por las plumas finas y otros productos de la Naturaleza. Esto echa por tierra la leyenda o mito del tesoro, que cabe conceptuar carente de todo fundamento, caso que no es único, ni mucho menos, a lo largo del decurso secular.



Amor a la tierra

Era un pueblo sin nadie en las ventanas,
era un pueblo de luces apagado,
era un cabo de vela que se agota
y tan solo recuerda su pasado.

Por la desierta calle caminaba
su alrededor marchito contemplando;
un suspiro en su boca soñolienta
heredera de un mar equivocado.

Era feliz allí. Sin más deseo
que abrazar a su tierra sobre el campo,
ver al sol amarillo que se esconde
en la constante imagen del arado.

Los demás a otros sitios se marchaban
con las lágrimas puestas en su rastro,
mientras los contemplaba tras las rejas
de una ventana gris con marco blanco.

Le decían: —Camina con nosotros,
vamos a donde el hambre no hace daño,
a comernos el pan de cada día
con la sal que en la frente trabajamos.

Las palabras herían sus oídos
pero nunca llegaban a quebrarlos,

el azadón al hombro, cada día,
 para arrancar las venas a su campo.
 —¿Dónde voy a marchar? Soy ya muy viejo.
 Todo lo que deseo es que mi mano
 no destroce más tierra que la mía
 y que el pan sea fe de mi trabajo.
 —Quiero morir aquí. Estas paredes
 son para mí el recuerdo y el pasado.
 —Quiero ahogarme en mi pueblo con la sed de la espera
 y arrancarme los ojos a pedazos,
 porque me he vuelto tierra. La que piso
 suena igual que mi cuerpo desgraciado.
 —Suenan a crujir de almendra que se dora
 en el árbol ausente y acallado.
 Se levantó despacio de la cama
 aplastando en sus dedos el cigarro.
 Algunos que marchaban le decían:
 —Este pueblo es maldito y acabado.
 El decía: —Soy tierra de mi tierra
 y quiero echar raíces como un árbol.
 —Quiero sentirme libre, sin un yugo
 que me doble la espalda y me haga daño.
 —Quiero arar como araba. Que en mi tierra
 el sol no salga gris, sino dorado.
 Mientras tanto miraba pensativo
 la figura distante del arado,
 un sol de cal se unió a la madrugada
 para romper el canto de los gallos.

María Rosa VICENTE OLIVAS

LA CUARTA DIMENSION

Por Marciano BREÑA GALAN



El tiempo es la cuarta dimensión". ¡Cuántas cosas se desprenden de este aserto!

Si pensamos en cualquier cosa y establecemos unos juicios propios, producto de nuestra cosecha mental, acerca de un tema cualquiera, en un momento dado, no nos vemos libres de olvidarlos y dar al traste con ellos si dejamos pasar el tiempo sin mantenerlos en vigencia dentro de nuestra cabeza. Así, llegará otro momento en que reflexionemos otra vez sobre ese tema cualquiera y podemos ver que nuestra mente está "in albis", que no tiene nada "a priori". Y puede darse el caso de que, incluso con más esfuerzo que antes, y aún con trabajo, lleguemos a una conclusión "más cercana" (en el sentido de menos profunda) y totalmente diferente (o, incluso, opuesta) a aquella que sacamos con lucidez y sin esfuerzo aquel otro momento anterior en que nos encontrábamos en plena forma mental.

En tales casos se nos escapa un suspiro: "¡Ah, el paso del tiempo!, ¿qué pensé yo entonces para concluir de manera más rotunda que ahora?, ¿quién iba a pensar que yo iba a llegar a esta situación? ¡ah, el paso del tiempo!, ¡todo lo hace posible!".

¿No nos entran ganas de volver pasos atrás en el tiempo? ¿Quién podrá? Y, entonces, nos imaginamos al tiempo como una estela en el espacio suprasidereal, como un camino, sobre el cual están plasmados en estatuas, en grupos escultóricos, los hechos,